

LA ESENCIA DE LA PEDAGOGÍA

Una perspectiva desde el Vedanta Advaita

por Sesha*

La psicología occidental es muy joven comparada con la oriental; es muy reciente. Además, las distintas escuelas psicológicas occidentales son islas de conocimiento que, con frecuencia, están en pugna entre ellas. En contraste, el Vedanta Advaita, junto con otras tradiciones orientales, llevan miles de años enfocadas en el análisis de la mente humana. En este artículo esbozo, bajo un enfoque eminentemente práctico, lo que nos puede aportar este conocimiento en el ámbito de la educación. Los destinatarios no son solo los profesores sino también los padres.

EL VERDADERO PEDAGOGO

La esencia de la pedagogía es la sorpresa. Todo evento que tiende a generar un tipo de percepción asociada a la no-duda tiene que ver con la sorpresa. Un pedagogo es alguien que es diestro en el acto de generar sorpresa. La sorpresa tiene una condición especial por el hecho de que erradica momentáneamente el sentido de apropiación cognitiva de quien escucha, es decir, su sentido de yoidad. Un gran pedagogo es aquel que es capaz de introducir constante y continuamente sorpresa en sus estudiantes. Por esta razón, durante toda la vida de un niño, un adolescente, e inclusive de un adulto, el mejor mecanismo que provee la opción de mantener un estado de no-duda, es la sorpresa. La sorpresa es un evento que puede suceder en cualquier momento, independientemente de la edad.

Existen en la mente básicamente tres direcciones. Está la dirección que lleva a un desarrollo altamente emocional, la que lleva a un procesamiento de la información netamente racional, y está otra que implica la posible respuesta sin esa condición emocional excesiva y sin esa condición racional básica, sino como un estado de respuesta ante un evento que produce una serie de respuestas físicas y mentales asociadas a la no-duda.

La no-duda es una forma de vida. Implica la actividad cognitiva de percibir el mundo sin una fluctuación previa a la comprensión. Se trata de establecer una forma de respuesta sin que medie la inquietud intelectual tan frecuente en nuestra cultura; una respuesta que no implica la ataraxia o no movimiento, y que se forja a través de una educación y una actitud de vida asociada a lo que se denomina sorpresa. Una de las cosas que ha perdido la educación actual es la capacidad de asombro que tiene quien debe enseñar.

Cuando un muchacho llega al colegio, cuando va a formarse espera algo nuevo, algo que le llene de manera especial y le construya interiormente. La mayor parte de las veces el profesor tampoco tiene la capacidad de asombrarse al enseñar pues repite lo mismo durante cinco, diez, quince años. Esta falta de asombro en el profesor se traduce en la falta de magia en la expresión y en la forma de mostrar los contenidos para que la persona que está escuchando pueda esencialmente entrar en la exaltación del aprender.

Cuando un pedagogo tiene la capacidad de asombrar, genera alrededor de sí una especie de vacío atento en sus estudiantes. Ese vacío atrapa la atención del individuo y le hace llegar a un punto de respuesta a dicha acción que implica una continua asertividad respecto a lo que escucha u observa. Dicha asertividad es un constante estado de atención carente de duda; implica suspenderse en aquello que se aprende y permanecer allí mientras el asombro se

mantiene. La esencia básica de la educación es el asombro. Si ustedes pueden asombrar a las personas, a través de aquello que tiene como información para poder enseñar, sepan que las personas siempre van a estar absortas en sus gestos, sus palabras, su enseñanza. ¿Por qué? Porque el asombro genera, puesto que es continuamente un estado de no-duda, una modalidad de exaltación de saber profundamente intensa pero maravillosamente quieta a la que denominamos aprendizaje.

El asombro alimenta el asombro; es decir, el asombro promueve el asombro. Cuando se pasa las horas nutrido de asombro, nace al final instantes donde el alumno no solamente entiende, sino que está pletórico de libertad: ha comprendido sin esfuerzo. Finalmente el estudiante ha encontrado un medio para acercarse a la información sin tener que pelear contra ella para encajarla dentro de sí.

UNA FORMA DE VIDA

Es muy importante entender que la no-duda es una forma de vida. Es una forma de respuesta coherente de la vida, o desde la vida, o ante la vida. No implica que usted sean conocedores de la causa de aquello que están contestando o que sean conocedores de adónde va exactamente la reacción. La no-duda implica no permitirle a la mente situarse en la inquietud y la duda como respuesta ante un evento que acontece en el presente. Las personas suelen siempre esconderse en la razón y en la emoción. Esos caminos no son estables. Hay una forma de percepción diferente de la de estos dos caminos. Esta forma es la de la no-duda. La no-duda permite reaccionar ante un evento cualquiera y contestar por ejemplo “no sé”, “no conozco”, “veré más adelante”, “podría ser”. Estas son tipos de respuestas asertivas que implican no-duda, siempre y cuando Vds. estén cargados de la decisión que la palabra emitida afirma.

En Occidente planteamos sólo opciones de vida para supervivientes. Es decir, la educación lo que hace es permitir a la persona la subsistencia en la sociedad, en función de las condiciones del entorno social. Se da un curso al superviviente para que cuando esté en la isla y tenga sed recurra a las pocas gotas que hay de rocío en las hojas grandes de sus selvas. De ahí a convertir la educación en una forma de vida hay mucha distancia. Nosotros no estamos educando a los niños en una dirección; estamos mostrándoles mecanismos de supervivencia. Y ese es un problema muy serio. Porque nosotros de adultos vemos el mundo como supervivientes. ¡Pero los adolescentes no! ¡Y los niños tampoco!

Estamos diciendo a los niños: “Sobrevivan con lo que les vamos a enseñar.” Y ellos sienten que tienen el mundo por delante. Y es que un niño a los ocho, diez años, ¿cómo va a pensar en la muerte, en el trabajo, en tener familia, en la hipoteca, en la violencia; en tantas cosas que nosotros ya estamos cansados de ver cada día en los periódicos? Los niños y los adolescentes no ven el mundo de esa manera. Los adultos vemos el mundo como supervivientes y estamos formando a los niños a sobrevivir en un mundo que ellos no entienden.

Estamos diciendo a los niños que tienen que competir con sus compañeros. Y ellos no necesitan ni entienden por qué competir por una nota. ¿Para ser el mejor de la clase, el mejor ante los padres, ante la sociedad? Estamos enseñándoles una serie de pautas que no son las bases para convertir la educación en una forma de vida. Les estamos educando para que sobrevivan; no para que vivan. Ante esta perspectiva, estamos induciéndoles todo tipo de mecanismos pedagógicos que no entienden, que no saben para adónde les llevan. Y al final estamos haciendo de los niños unos pequeños monstruos adultos. Y es que nuestra educación no es planteada como una forma de vida coherente.

Lo que intenta plantear el Vedanta es algo tan básico como que, según sea la cognición, así es la persona. Soy como ente individual mis hábitos de conducta, soy mis hábitos de cognición. Y el Vedanta plantea una nueva modalidad de cognición basado en una educación que lleve a que la respuesta que tenemos ante los eventos cotidianos sea la no-duda. Y el elemento básico primigenio que establece esta forma de vida se llama 'sorpresa'.

TRES EDADES

En los primeros seis años vamos a llamar 'sorpresa' a la posibilidad de educar a los niños desde la perspectiva de una actitud viva y natural de aprendizaje. Es la 'edad de la sorpresa'. A esta edad le sigue la 'edad del asombro', aproximadamente desde los siete hasta los doce años. A partir de los doce años entramos en la 'edad del aprendizaje'.

LA EDAD DE LA SORPRESA (0 a 6 años)

La sorpresa

Los mayores creen que los niños sienten como sienten los adultos pero en pequeño. Esto no es así. La tipología de emocionalidad del niño no tiene nada que ver con lo que Vds. siquiera se pueden imaginar. La facultad natural de los niños a esta edad de mantener un estado de sorpresa permanente, de no-duda casi constante, les lleva a vislumbrar un sentido de contentamiento ante las reacciones cotidianas. Dicha exaltación cognitiva, originada justamente por la permanencia de sus pequeñas mentes en la no-duda, es también permanente. La sorpresa es este estado de percepción en que no hay duda, que les lleva a saltar de objeto a objeto sin que medie inquietud, tal como ocurre cuando un niño se golpea e inmediatamente pasa a un caramelo que se le ofrece, que le lleva a olvidarse de su dolor previo. Sus pequeñas mentes lo ven todo como nuevo repetidamente, sin importar si es una película de video que una y otra vez observan con similar sorpresa.

El estado de sorpresa, de no-duda, tiene que ver con la facilidad de los niños de estar fuera en el mundo aprendiendo. A los niños les es muy fácil depositar sus sentidos en los objetos del mundo y permanecer en él aprendiendo. Estar fuera en el entorno es su condición natural. Es decir, en ellos la atención no se sitúa en la periferia sensoria cuando observan el mundo, sino que su atención se proyecta una y otra vez a los objetos del mundo y permanece allí sostenida. Esta actitud cognitiva es natural en los pequeños de esta edad. Los adultos no saben estar constantemente fuera atentos al entorno. Cuando los adultos observan el mundo, su atención siempre suele estar en los ojos si son estos el medio que usan de cognición, en la cabeza si es con los oídos, o en la nariz, o en la boca. Pero a los mayores les es muy difícil situarse afuera en el mundo; es decir extrovertirse en la percepción y sostener su atención en los objetos externos. A los adultos les es completamente difícil, *excepto* si se asombran. Cuando ven algo asombroso sí que salen con los ojos, con los oídos. La facultad espontánea que tienen los niños es estar afuera en los objetos del mundo, en los objetos que producen información. Están siempre expectantes, siempre buscando fuera. Ellos no están adentro como los adultos, en la cabeza; no *saben* estar adentro.

El 'yo' en la edad de la sorpresa

El sentido del 'yo' que tienen los niños a esta tierna edad es un mecanismo casi inconsciente de auto reconocimiento prácticamente involuntario. Cuando ellos afirman 'yo', dicha palabra se parece al sentido instintivo individual denominado 'yo' que les identifica; se parece a un reflejo de protección instintiva. El 'yo' para ellos no es una cuestión consciente que resalte ni que sea continua. Casi no lo detectan, ya que es una respuesta automática que ofrecen, a través de decir 'mío', 'quiero', tal como responden llorando ante el hambre o gritando ante lo desconocido. El 'yo' para ellos no es más que un instinto de apropiación, de pertenencia. Pero no es una condición que ha nacido como va a desarrollarse posteriormente en la adolescencia. La continuidad del yo por la cual la persona sabe quién ella misma, qué está pensando, no aparece antes de los seis años de manera incipiente, hasta conformarse de forma clara y estable en la adolescencia.

En la edad de la sorpresa la condición de yoidad no es estable, porque los niños a esa edad no tienen sentido de la apropiación de la información en su mente de manera firme. No forjan un mundo interior personal estable porque no hay una continuidad del yo. Un niño no les puede hablar de su mundo interior porque no tiene una presencia estable de lo que se llama un mundo interior. Son *ustedes*, los adultos, quienes tienen una presencia estable que llaman mundo interior. Y presumen que el niño tiene un mundo interior como el de ustedes, pero no lo tiene. Él está siempre en sorpresa. ¡Siempre continuamente fuera atendiendo constantemente el mundo!

La edad de la sorpresa está marcada por la espontaneidad, la respuesta espontánea; lo que llamamos 'inocencia'. ¿Por qué hay inocencia en los niños?; básicamente por una sencilla razón: es que aún no han desarrollado una respuesta emocional ni racional egoica. Esto hace que el ámbito de la sorpresa genere en el niño reacciones naturales. Por eso se suele decir que los niños no mienten; que son espontáneos, inocentes. No ha aparecido el yo que se adueña cognitivamente las experiencias y las dota con sentido de apropiación, de propiedad, de pertenencia.

Esta etapa es la más sencilla desde el punto de vista educativo, porque es una etapa donde el niño viene solamente con necesidad de que lo cuiden y lo protejan. Básicamente que lo protejan de los demás adultos. Es como una semilla que se siembra en un lugar que siempre es fértil. Si tiene la experiencia adecuada, si tiene el mundo adecuado, si tiene el entorno adecuado, desarrollará todas sus inmensas capacidades naturales.

¿Cómo educar a esta edad?

Las características anteriores determinan lo que es apropiado en la edad de la sorpresa:

-Los niños necesitan jugar y desarrollar su motricidad. Necesitan empezar a ver el mundo: ver animales, tener mascotas. Necesitan tocar el mundo. Los sentidos están empezando a desarrollarse y a exacerbarse. Los niños no tienen la razón ni la emoción como mecanismo de aprendizaje. Los niños lo que tienen es el mundo de afuera y la capacidad infinita en los sentidos para poder contactar con él. Entonces, lo que hay que hacer es darles mundo. ¿Han visto que si a los niños les dan piezas para que armen mayores complejidades ellos las toman, las pasan de un lado a otro en sus manos, las tiran, las recogen? Espontáneamente sus sentidos son como tentáculos, que sirven para acercarse, percibir y aprender del mundo. Y les sirve cualquier cosa para jugar; desde el cordón de un zapato hasta el juguete más caro. En la edad de la sorpresa no hay que dar mucho a los niños: basta con las mascotas, los cuentos, los juegos sensorios y permitir que su sorpresa natural les lleve a aprender cuantos idiomas quieran los padres.

-En la edad de la sorpresa es muy importante que a los niños se les deje sorprenderse. Por eso en esa edad hay una cosa que es muy, muy importante: los cuentos. Los niños son capaces de quedarse pegados a cuentos; no se cansan de oír el mismo, una y otra vez. Hay cosas que se pueden llevar a los cuentos y que lentamente van a quedar establecidas en ellos; ello debe aprovecharse. Se puede educar a los niños no sólo con el cuento de Hansel y Gretel, sino que se les puede crear cuentos. Y a través de esos cuentos narrar formulaciones de tipos de vida a través de los cuales en el día de mañana puedan tener una forma de solucionar un problema o de enfrentarse a la vida. Desde el punto de vista pedagógico, crear cuentos y narrar cuentos, narrar historias de la vida y de lo que ha vivido la persona, el cómo ha enfrentado su vida y sus circunstancias, es muy proclive a generar una posterior huella muy estable en las personas.

-En la edad de la sorpresa los niños necesitan despertar, y despiertan con sensaciones. Necesitan sensaciones diversas que experimentar. A los niños no les interesa el caviar como elemento gustativo, sino la tierra, cualquier cosa que vaya a la boca, la sensación de la boca, la sensación de poder entrar en contacto con las cosas. Y hay también una cosa muy linda que les puede servir de base para el día de mañana: son las caricias. Las caricias son de los mecanismos que generan más cercanía y más contacto entre padres e hijos. Porque las caricias, los masajes, los cuidados, generan un tipo de comunicación especial y único; debido a la exacerbación sensoria que hay en los niños y también debido a la descarga de adrenalina emocional que produce en los adultos.

-Al no haber forjado todavía su mundo mental y emocional, la mente del niño está limpia, receptiva. Por eso en la etapa de la sorpresa es muy fácil para los niños aprender todo aquello que se necesita como mecanismo de respuesta automática; todo aquello que no requiere de una respuesta lógica o analítica. El niño va a ser capaz de retener esa información en esta etapa. La capacidad que tiene de fijar información es muy solícita. La información se fija, pero no de manera consciente, como se suele fijar a partir de los seis, siete u ocho años. Es el momento ideal de hablarle, para que vaya adquiriendo el lenguaje, y el momento ideal para que vaya incorporando idiomas. Pues el lenguaje llega como un mecanismo de respuesta automática, sin necesidad de análisis. Hablar varios idiomas al niño en esa edad le ayudaría mucho en el día de mañana. Es en ese momento cuando se necesita un profesor políglota. Si en la escuela hay una maestra que habla cinco idiomas, los niños aprenderán los cinco, sin ningún problema. Y si la maestra les enseña sin acento alguno todos los idiomas, los niños desarrollarán una ausencia de acento en cada uno de los idiomas que vayan aprendiendo.

LA EDAD DEL ASOMBRO (7 a 12 años)

El asombro

Con el paso de los años, la capacidad de reaccionar sin duda empieza a contraponerse a la capacidad de reaccionar con duda. Y cuando empieza la duda, cuando el ser humano empieza a descifrar el mundo, a vivir en él y a tener una actitud individual sólida, empieza a ver que el mundo cambia. Cambia totalmente. El mundo de un niño que empieza a hacer preguntas ya no tiene nada que ver con el mundo del niño a quien le gustaba jugar con juguetes pequeños o cosas simples. En muy pocos momentos esa sorpresa que tenía del mundo empieza a convertirse en 'sorpresa de mí mismo'. Es decir, el niño, desde los seis años, ya no solamente aprende a sorprenderse del mundo, sino que empieza a sorprenderse de sí mismo. El mecanismo que antes teníamos, que era la mimetización (ver a los demás y a los objetos, escuchar el lenguaje y aprender de todo ello), empieza a variar, y el niño empieza a poder recordar y a asombrarse de lo que recuerda. Entonces él empieza a producir ideas y

razonamientos; y empieza a tener emociones. Y empieza a asombrarse de esos mundos. Y la primera manifestación del asombro es la pregunta. Y el lenguaje, en cualquiera de sus manifestaciones: ya sea pintando, ya sea hablando. Hay un momento en que el niño empieza a manifestar un lenguaje con sentido, con organización y con continuidad.

El lenguaje

Cuando el niño empieza a hablar, lentamente empieza a formar su mundo interior. En gran medida es el habla, el hablar, lo que va a desembocar posteriormente en la aparición del 'yo'. Es decir, cuando el lenguaje empieza a ser consistente, cuando empieza a ser una modalidad de integración de ideas coherentes, empieza lentamente a aparecer el yo. Empieza a aparecer a los seis, siete años, cuando el niño puede empezar a integrar su mundo y a poder preguntar cosas. Porque ya tiene los elementos para poder hacerlo. Antes no tiene los elementos. Antes sus ideas son fraccionadas y sus palabras son sobre ciertos temas; son pequeños comentarios sobre ciertas circunstancias. Pero en la medida en que se empieza a desarrollar el yo de manera lenta empiezan a desarrollarse lentamente las emociones así como la forma de pensar, la forma racional del niño.

Muchas de las escuelas lo que intentan es producir un lenguaje de manera más precipitada, más rápida, ya desde la 'edad de la sorpresa'. Dan al niño mucha información para que se comunique, para que realice un lenguaje para el cual no está preparado. Los niños acostumbran a recibir sobredosis de información: las películas son sobredosis de información, en sus casas hay sobredosis de información, y el sistema nervioso muchas veces no está adaptado a toda esa cantidad de información. Entonces los niños empiezan a desarrollar un lenguaje mucho más precipitado, mucho más rápido, pero con el problema de que a los siete, ocho años, empieza a haber... estrés. Porque estamos madurando muy rápidamente las frutas. Es decir, las frutas están siendo consumidas cuando aún están verdes. He ahí pues que básicamente estamos estresando a los niños con la sobreinformación.

La disciplina

Con el 'yo' empiezan los problemas de aprendizaje, de direccionalidad voluntaria, de asimilación de la información. Ya se empieza a tener que estudiar, a tener disciplina. Porque entre los seis y los doce años al niño ya no se le puede dejar a su aire, a su vuelo, a su antojo, lo que sí que es conveniente en la etapa de la sorpresa. Empieza a aparecer la mente, pero a la vez el niño no tiene herramientas suficientes para empezar a valorar el entorno ni a sí mismo; tiene que ir aprendiendo lentamente a desarrollarlas. ¿Cómo?; una de las maneras es empezar a darle *responsabilidades*. Pero responsabilidades que pueda manejar: cuidar y dar de comer a las mascotas, regar las plantas, recoger su ropa, hacerse la cama una vez por semana... Esa disciplina, cultivada ahora, resulta fundamental después de los doce años, cuando ya no hay ni asombro ni sorpresa. Pero no hay que poner el acento solamente en la disciplina: también hay que facilitar el asombro al niño.

Diálogo, dones y no-duda

En la edad del asombro hay una clave muy importante: sabremos que una persona tiene sentido de continuidad de sí misma cuando vemos que puede forjar preguntas adecuadas. Esto les permitirá a Vds. tener diálogos con los niños. Y esto es lo que hay que aprovechar. ¿Qué es básicamente lo importante que tienen que saber, como padres o como pedagogos? Una cosa muy simple, pero que les servirá para el resto de sus vidas: tendrán que aprender, a través del

diálogo, los mecanismos psicológicos que a los niños les permite ser diestros en su naturaleza. A desarrollar esa cualidad que todo ser humano posee de manera innata: sus dones.

Toda persona tiene como mínimo más de un don. Si tiene solo uno, tiene que ser excepcional. Hay personas que tienen muchos dones, y les es fácil hacer muchas tareas. Cuando estas personas realizan cualquier tarea bajo esta capacidad innata y natural, cuando reaccionan con sus destrezas entonces no dudan. Porque es su naturaleza. El trabajo de Vds. es encontrar los dones naturales de ese ser humano, aquellos a través de los cuales va a expresar su naturaleza esencial. Si Vds. direccionan la información, el diálogo, hacia ahí, lo que van a crear no solamente es un amigo sino también un niño que no duda, un niño que es capaz de saber cuál es el conjunto de sus destrezas naturales.

El don de cada ser humano le permite responder y crear un comportamiento asociado al mundo donde se desenvuelve. Y si lo hace bien, en el día de mañana la persona será capaz de transportar su don a su vida cotidiana, no importa cuál sea el don. Conocemos seres humanos con poderosos dones; sin embargo, es prácticamente imposible encontrar un adulto que sea capaz de experimentar siempre la no-duda. La idea es que el niño finalmente aprenda que el estado de no-duda puede realizarse, no solamente a través de su trabajo, sino que puede experimentarlo en todos los restantes eventos de su vida. Este es el objetivo específico de la educación: preparar al ser humano a reaccionar con naturalidad ante el entorno y hacia sí mismo. Entonces la vida se convierte en algo agradable de vivir. No hay que sumergirse en el trabajo para poder aislarse de las cosas, sino que el hecho de vivir tiene su condimento, su maravillosa que da un sabor especial a las cosas que vivimos.

El deber de Vds. como padres, y como pedagogos, es encontrar los dones de los niños, la directriz propia de su comportamiento. Tienen más o menos cuatro o cinco años para ello; los que dura la edad del asombro. Pero ¿cómo hacerlo? Una de las maneras es seguir al niño en su diálogo: en la formulación de sus preguntas, en sus inquietudes, en sus intereses, en lo que busca, desea, necesita. Pero no se trata de enjuiciar sus afirmaciones, porque si lo hacen, inmediatamente él coloca un parapeto, una valla, una pared. Es ser amigos, compartir lo que está diciendo, permitirle que hable, ahondar en la conversación, en el diálogo. No importa si éste es corto o largo; lo que sí que importa es que si el niño aprende a confiar en Vds. cada vez el lenguaje va a ser más auténtico, las ideas más formuladas y cada vez lo que Vds. descubran de ello va a ser mucho más intenso.

Los padres deben participar

En la etapa del asombro es importante que los padres hagan parte de la educación de los niños. Sería muy interesante que el estado permitiese a los padres ir a la escuela por lo menos una vez al mes y dar una clase. Una hora, hora y media, dos. ¿De qué? De cómo se hace un huevo, de las fotos del viaje a China, de cómo se pinta una mujer. De cualquier cosa. Ello fomentaría el asombro de los niños. También permitiría saber un poco a los padres qué amigos tienen sus hijos, saber en qué ambientes se desarrollan. Y facilitaría otra condición que los padres tienen que empezar a plantearse en relación con sus hijos: es la condición de la amistad. Los padres tienen que ser amigos de los niños. El niño, a los ocho o nueve años no puede estar encima del papá buscando la complicidad como si fuera un bebé. Ya no es niño; ya puede caminar y hay que enseñarle la opción de otra forma de vida en la que él dependerá de sí mismo.

Los padres tienen que aprender a conocer a sus hijos. El padre entrega esta responsabilidad a los maestros. Y no estamos hablando de una pedagogía que concierna únicamente a los educadores. ¿De qué sirve la educación escolar si en casa hay un mar de problemas, un mar de

angustias y dificultades? ¿Si los padres justifican su quehacer o su violencia a través del maltrato que les hicieron o de lo que el mundo les está dando ahora mismo? ¿Cómo se puede educar a un niño así, encontrar y fomentar sus dones?

LA EDAD DEL APRENDIZAJE (a partir de los 12 años)

Estamos en la etapa educativa más compleja que hay. En ella, el mundo de la mente y las emociones empieza a dispararse de tal manera que el asombro que tiene el niño de sí mismo no es suficiente para aprender. Entonces se entra en una tercera fase, que se llama 'etapa de aprendizaje'. La sorpresa, el asombro y la actitud de aprendizaje (o aprender) son todas ellas sinónimas. Las tres producen, mientras se realizan, una consecuencia de no-duda en el aparato mental.

Si un adulto posee la actitud del aprendizaje su mente no fluctúa, ni en forma de emoción ni pensamiento, sino que responde como aprendizaje inmediato ante la información que percibe. Si Vds. están en actitud de aprendizaje no hay fluctuación de la mente. Más todavía: si la actitud de aprendizaje de ustedes como adultos es intensa, no hay 'yo'. Y aún más: cada vez que aprenden no hay quien aprende. Hay solo 'aprender'. Es decir, 'aprender' es una acción que se produce siempre en infinitivo. No hay quien aprende; sólo se aprende.

Ahora ya no hay ni asombro ni sorpresa, o casi. Lo único que hay para situar al niño en la no-duda es el interés propio que coloque en el aprendizaje. En esta etapa el niño aprende cuando está absorbido, atento.

El poder de la oratoria

El niño entre los 6 y 12 años empieza a estructurar una noción de independencia gracias a la prevalencia de su propio yo. Y empieza a desarrollar una noción muy importante: la comunicación, la interrelación clara y consistente con el entorno. Por esa razón hay una serie de tareas, de disciplinas, que es importante que empiecen a prevalecer en el niño. Desde los 8 9 años, y especialmente desde los 12-13 años hasta los 15-16 años, que es lo que dura la formación final en los colegios, uno de los elementos que quitan más taras, más miedos y que promueve mayor capacidad de comunicación es la oratoria. Hablar en público. Los niños deberían tener clases de oratoria. Buscar herramientas para enfrentar el miedo de sus yoes recién nacidos y así generar mayor control y claridad consigo mismo y con el entorno.

En la oratoria se expresan muchos temores de manera inmediata. Se suele decir que excepto lanzarse en paracaídas el mayor miedo que tiene el ser humano es hablar en público. La persona tiene que afrontar el miedo a ser mal vista, el miedo a no saber, el miedo a no creer en sí misma..., etcétera.

Yo mismo, a partir de una situación de terror inicial en mi juventud empecé a desarrollar una oratoria cada vez más firme. Con el tiempo, ésta empezó a suscitar sorpresa en las personas. Porque cuando se habla sorprendido en las palabras que brotan por sí mismas, uno lo que hace es arrastrar al vacío de la propia sorpresa a quien escucha. Y esto se convirtió en el don pedagógico de llevar a las personas a un sitio donde no piensan mientras escuchan. De esa manera empecé a dictar multitud de conferencias por todo el mundo.

Los niños entre los 8 y los 15 años empiezan a desarrollar su propia propuesta de vida, sus propios mecanismos de control de sí mismos, de huida de sí mismos, sus temores, sus

angustias y también sus alegrías. Empiezan a determinar qué aspectos de su vida son agradables y cuáles de ellos empiezan a no ser gratos. En este mundo donde no se sabe si lo que se piensa es lo correcto, en que no se sabe si lo que se busca es lo válido, en que el niño aprende que no puede ser espontáneo, porque de serlo puede llegar a sentirse agredido, en este mundo pues el adolescente empieza a instalar cada vez más cerrojos en su expresión y por ende en su comportamiento. Y a veces, con el tiempo, las llaves de estos cerrojos se pierden y cuando se han extraviado es difícil encontrar una manera de lograr ser natural como antes.

Entonces, ¿qué hay que hacer? Hay que crear nuevos visos de comunicación. ¿Han visto que los adultos no saben hablar de sus sentimientos?, ¡pues un adolescente tampoco! No saben dar nombre a las nuevas sensaciones que perciben... Un adolescente es absolutamente incongruente, falto de destreza en el manejo de los mundos interiores. Esa madurez que empieza a aparecer tiernamente, igualmente empieza lentamente a deshacerse, y al final son como cientos de anzuelos en una caja que, al pugnar por salir uno tras otro, no permiten que ninguno aflore. Así no hay posibilidad de dar secuencia a las ideas. Y si una persona no puede dar secuencia a las ideas ¿cómo puede ser clara con lo que piensa? ¿Cómo puede esa persona ser clara y decir 'amo', 'quiero', 'siento', 'estoy enamorado realmente'? Uno de los grandes elementos que tenemos para conocer a un niño, para poder crear comunicación entre él y él mismo, y entre él y el entorno, es la oratoria.

La oratoria es un bien pobremente tenido en cuenta. Pero debería ser fundamental. Porque un instructor es capaz de medir el nivel de angustia de un individuo, cuáles son sus temores, en la medida en que trata de expresarse y no puede. Y la forma de hacerlo es justamente esa, a través de una nueva comunicación. Una comunicación en que el niño pueda detectar los miedos, saber cómo se llaman, saber cómo surgen. Saber sus temores, qué los produce, y enfrentarlos, y al enfrentarlos saber que él es capaz, más allá de cualquier circunstancia, de vencerlos. El niño tiene que aprender a vencer su propia naturaleza, y para vencerla tiene que saber aquello que se produce en sí mismo como temor.

Hay un problema de comunicación muy serio, de la persona consigo misma y con el entorno. Hay un problema muy serio para localizar las emociones y por tanto darles validez y por tanto superarlas. Si enseñásemos a los muchachos (y no es complicado) una vía de comunicación universal como enseñarles inglés (con el que pueden ir a todas partes y comunicarse con las personas), si les diésemos un lenguaje universal que les permitiese comunicarse consigo mismos y ver la verdadera magnitud, la naturaleza de su mundo interior, les sería mucho más fácil hablarse, comunicarse, no sólo con sus padres sino también con sus amigos, profesores e instructores.

Introducir la sorpresa

Además de comunicarse, en la tercera etapa del aprendizaje los niños tienen que aprender a estabilizarse y empezar a recrear. Vds. tienen que empezar a llevarlos a lugares y a mundos donde sean capaces de mostrarles la no-duda. Tienen que hacer juegos. Hay muchísimos juegos de no-duda que sorprenden. Hay muchísimas actividades que sorprenden. Y cuando los adolescentes estén en esa sorpresa, o cuando salgan del juego, pregúntenles, dialoguen, hablen de sus mundos, de su mente, de cómo perciben, de qué es la realidad.

¿Se imaginan por ejemplo que las clases de filosofía empezasen con los niños dispuestos en círculos de veinte personas, en que hubiese tres balones inofensivos, de goma o espuma? Se empiezan a lanzar, uno tras otro, a diferentes lugares. Los niños están pendientes de recogerlos y lanzarlos una y otra vez. Primero empiezan a lanzarlos duro, luego suave, se ríen,

pero llega un instante en que empieza el rol mismo de la práctica, y pueden estar así veinte minutos o media hora. ¿Se imaginan que luego el profesor de filosofía les pregunte: “¿Y ustedes dónde estaban mientras hacían la práctica?” Entonces llegan a la conclusión de que en esos momentos, mientras había sorpresa, no había ‘yo’. La siguiente pregunta es: “Si ustedes no son ‘yo’, ¿quién conoce, quién reacciona?” Hacen esa pregunta a muchachos de quince años y les dejan atorados, en un estado de sorpresa.

Tienen que enseñar a los niños a asombrarse. Tienen que enseñarles que si no era yo quien estaba allí ¿quién soy yo? ¿Saben lo que puede implicar que un muchacho de 15 años se pregunte “quién soy yo”? ¿Vds. saben qué es la filosofía práctica? Es la filosofía de enseñar a los muchachos a pensar sobre sí mismos y sobre el mundo. Cuando Vds. logren llevarlos a estados de no-duda y puedan mantenerlos ahí durante 15 ó 20 minutos, eso es filosofía.

¿Se imaginan clases de filosofía donde pudiesen demostrar claramente a los muchachos que el mundo puede ser ilusorio, que es como un sueño? Cuando entiendan eso se darán cuenta de que sus dolores, sus angustias, son como un sueño. Y que lo que vale es una modalidad de percepción libre de toda duda. Y ustedes podrán empezar a enseñarles a sus niños conceptos como ‘la respuesta ante el tiempo cero’; es decir, la respuesta ante el evento de estar presentes. Ellos empezarán a darse cuenta de que hay un mundo de estar presentes, donde las cosas empiezan a aflorar, empiezan a percibirse con una exaltación diferente. Pero si Vds. no conocen estos estados de percepción ¿cómo pueden mostrarlos a aquellas criaturas que están aprendiendo? ¿Cómo pueden enseñarles a situarse en la no-duda cuando ni siquiera saben de qué va esa circunstancia?

Cuando los niños estén en oratoria y fluyan con sus ideas y expresen sus conceptos empezarán a fluir en otros mundos, en otras circunstancias. De ahí a que toquen un instrumento y sean espontáneos con él habrá un paso. Los harán diestros en mil cosas. Cuando no haya un tapón psicológico que les impida la comunicación consigo mismos empezarán los niños, por ejemplo, a tener un cierto virtuosismo en la música que es asombroso, y que nadie más posee. Empezarán a regalar a los niños una sensación de libertad que ni siquiera los padres logran poseer. Cuando Vds. empiecen a llevar a los niños a los estados de sorpresa, de asombro y aprendizaje empezarán a notar que el niño empieza a depender de sí mismo y tendrá la intensidad de esos momentos que son únicos. Eso toca obsequiarles: momentos únicos.

Momentos únicos

¿Vds. han oído alguna vez acerca de momentos perfectos? Es menester que a los niños se les regale todo tipo de momentos perfectos, para que el día de mañana, cuando les toque empezar a enfrentarse con el mundo, esos momentos perfectos les sirvan de punto de referencia, de boya, en el océano de su propia incertidumbre. Así podrán localizarse, resituarse, reencontrarse. De otro modo va a ser muy complicado. Pero si a un niño Vds. le enseñan la prioridad de la importancia del presente, de los momentos únicos, empezarán a darse cuenta de que es posible enseñarles, más allá del ámbito filosófico, lo que es el tiempo cero, lo que es estar presentes, lo que es estar atentos al aquí y al ahora. Entonces ellos podrán estar atentos y en silencio tanto dentro como también fuera, en el mundo. Y por más que el mundo les hable, ellos lo atraparán con silencio, lo escucharán con silencio.

El asombro, la sorpresa y el aprendizaje son los elementos tácitos y son las bases de la pedagogía. Pedagogo es quien logra asombrar. Pero nadie logra asombrar si no logra asombrarse a sí mismo. Y ese es tal vez el mayor reto para todos nosotros: primero asombrarnos, para aprender a asombrar.

**Sesha imparte seminarios de educación y meditación según el sistema Vedanta Advaita. Para información, direccion@vedantaadvaita.com*